

muchos años que entraban en ella los demonios, dijo el Santo: Vamos allá. Fueron, y cerca de la media noche, estando reposando el Santo, comenzaron los demonios á hacer mucho ruido, en forma de diversas bestias, balaando como ovejas, bramando como leones, gruñendo como puercos, silbando como serpientes. Despertó el Santo al ruido, y enojándose con los demonios, dijo: ¡Oh qué bien os vino, y cuán bien os salió la llevada! Quisisteis ser como Dios, y quedásteis hechos bestias, dragones y serpientes: muy bien remedais lo que sois. Quedaron con esto tan afrentados los demonios, que dice san Gregorio que luego desaparecieron, y nunca jamás volvieron á aquella casa, sino que se pudo habitar de allí adelante de todos. San Atanasio cuenta del bienaventurado san Antonio que era muy molestado de tentaciones deshonestas; y un día echósele á sus piés un muchacho negro, súcio y asqueroso, lamentándose que había vencido á muchos, y que de él solo había sido escarnecido. Preguntóle san Antonio quién era. Soy, dice, el espíritu de fornicacion. De aquí adelante, replicó el Santo, haré poco caso de tí, pues eres cosa tan vil y desechada; y desapareció luego aquella vision. Y Cristo nuestro Redentor en el sagrado Evangelio llama *súcio* al espíritu de fornicacion: *Cum*

immundus spiritus exierit ab homine. De esta manera podemos nosotros afrentar y baldonar al demonio, tratándole como quienes, y haciendo burla de él; y algunas veces se puede hacer esto dándole una higa, sin decir otra cosa, ni ponerse á razones con él.

CAPÍTULO IX.

Del temor de Dios.

Cum metu, et tremore vestram salutem operamini. Ad Philip. c. II, v. 12. Obrad las cosas de vuestra salvacion, dice el apóstol san Pablo, con temor y temblor. Una de las cosas que nos ayudará mucho para la castidad, y generalmente para conservarnos en gracia de Dios, será andar siempre con un santo temor y recato, desconfiando de nosotros mismos, y acudiendo á Dios, y poniendo en él toda nuestra confianza; así lo dice san Bernardo, serm. 54 super Captiv.: *In veritate didici, nihil æque efficacius esse ad gratiam promerendam, retinendam, recuperandam, quam si omni tempore coram Deo inveniaris non altum sapere, sed timere*. Prov. xxviii, v. 14. *Beatus homo, qui semper est pavidus*. Por experiencia he hallado que no hay medio tan eficaz para alcanzar la gracia divina y conservarla, y para recobrarla, si se pierde, como andar siempre con temor

delante de Dios, y no presumir de sí, segun aquello del Sábio: Bienaventurado el hombre que anda siempre con este santo temor. Y por el contrario, una de las cosas que ha hecho aun á grandes Santos dar miserables caidas ha sido fiarse de sí, y andar con poco temor y recato: *Sapiens timet, et declinat à malo; stultus transilit, et confidit*. Prov. c. xiv, v. 16. El necio es atrevido y confiado, y por eso cae; pero el sábio anda con temor, y así se libra del mal. El que lleva un licor muy precioso en un vaso de vidrio muy delicado, y pasa con él por lugares peligrosos, donde unos se encuentran con otros, y corren ríos violentos y tempestades, si no conoce y teme la fragilidad del vidrio, no lo llevará con mucho recato; y así fácilmente se le quebrará, y derramará el licor que lleva; mas el que conoce cuán delicado es, y teme no se le quiebre, guárdalo muy bien, y va con mucho tiento y cuidado, y así camina mas seguro. De esta manera nos acontece á nosotros: tenemos el licor y tesoro preciosísimo de la gracia y dones de Dios en vasos de barro, como dice el apóstol san Pablo, II ad Cor. c. iv, v. 7, los cuales se pueden quebrar fácilmente, y derramar y perderse todo, y andamos en medio de muchos vientos y tempestades, y donde hay muchos encuentros y peligros: los

que no se conocen bien, ni temen esta fragilidad y flaqueza, viven con una falsa seguridad, y así fácilmente se pierden; mas los que se conocen y temen andan con grande cuidado y aviso para conservarse, y así viven mas seguros; y si alguna seguridad hay en esta vida, estos la tienen.

¿De dónde pensais, dice el bienaventurado san Bernardo, de ord. vitæ, et morum institut., que ha venido haber sido algunas personas castas en el tiempo de su mocedad, aunque fueron combatidas de graves tentaciones, y venidas á la vejez haber miserablemente caido en vilezas tan feas, que ellos mismos se espantan de sí? La causa fue que en la mocedad vivian con santo temor y humildad; y viéndose tan al canto de caer, acudian á Dios, y eran defendidos por él: mas despues que con la larga posesion de la castidad comenzaron á engreirse, y á confiar de sí mismos y asegurarse, luego en aquel punto fueron desamparados de la mano de Dios nuestro Señor, é hicieron lo que era suyo propio, que es caer.

El bienaventurado san Ambrosio, epist. 84 ad Demetrium, dice que esta es la causa por que muchos que sirven á Dios, y de noche y de dia meditan en su ley, y crucifican su carne, y tienen refrenadas las concupiscencias é incentivos de la sensualidad

dad, y han sido muy pacientes en daños grandes que han recibido, y muy constantes en persecuciones que han tenido, al cabo han perdido toda esa firmeza y alteza de vida, y han venido á caer en grandes miserias; porque comenzaron á confiar en su virtud y santidad, y en las buenas obras que hacian, presumiendo y confiando desordenadamente en ellas: y á los que el demonio no pudo persuadir amor de vicios manifiestos, ni los pudo derribar con ímpetu de injurias y persecuciones, los hizo caer blandamente, levantándolos con presuncion de sí mismos.

Llena tenemos la sagrada Escritura, y los Santos, de estos ejemplos, y llóralo muy bien el bienaventurado san Agustin: *Vidimus multos, et audivimus à patribus nostris (quod sine magno tremore non recolo), ascendisse primitus usque ad cælos, et inter sidera nidum suum collocasse; postmodum autem recidisse usque ad abyssos, et animas eorum in malis obstupuisse: vidimus stellas de cælo cecidisse ab impetu ferientis caudæ draconis, et eos, qui jacebant in pulvere terræ, à facie sublevantis manus tuæ, Domine, mirabiliter ascendisse.* Cap. 29 Soliloq. Á muchos habemos visto, y de otros oido decir á nuestros mayores, que habian subido hasta el cielo, y puesto su nido allá entre las estrellas. ¡Ay, dice san

Agustin, que no me puedo acordar de ello sin gran temor! ¿Cuántas de estas estrellas han caido del cielo? ¿Cuántos, que estaban sentados á la mesa de Dios, y comian pan de Ángeles, han venido á desear henchir sus vientres de manjares de puercos? ¿Cuántas castidades mas finas y mas hermosas que el marfil antiguo han sido tiznadas y convertidas en carbones de fuego?

¿Á quién no espantará aquel ejemplo que cuenta Lipomano de Jacobo ermitaño, que despues de haber servido al Señor mas de cuarenta años con grandísimo rigor y penitencia, siendo ya de edad de sesenta años, é ilustre en milagros y en echar demonios, le llevaron una doncella para que le sacase un demonio, y despues de echado, no osaron los que la trajeron llevarla consigo, porque el demonio no se le atreviese, y él permitió que se quedase con él? y porque se fió y presumió de sí, permitió Dios nuestro Señor que cayese, y porque un pecado llama á otro, hecho el mal recado, por miedo de ser descubierto la mató, y echó en un rio; y por remate de todo, desesperando de la misericordia de Dios, se determinó de volver al siglo á entregarse del todo á los vicios y pecados que tan tarde habia comenzado; aunque despues no le faltó la misericordia de Dios, que le volvió á sí, y hecha rigurosísima peniten-

cia de diez años, volvió á cobrar la santidad primera, y fue santo canonizado?

¿Á quién no espantará el otro monje, de quien dijo san Antonio: Hoy ha caido una gran columna? ¿Quién no temblará con eso? ¿Quién se fiará de su santidad? ¿Quién de religioso soy? Mirad que han caido otros mejores que vos, y que tenian mas virtud y mas dones de Dios que vos. *Nec sanctior David, nec sapientior Salomone, nec Samsone fortior*, dice el glorioso san Jerónimo, in reg. Mon., cap. de castit. ¿Por ventura sois vos mas santo que David, y mas sábio que Salomon, y mas fuerte que Sanson? Pues todos esos cayeron, y uno de los doce Apóstoles de Cristo cayó, aprendiendo en tal escuela, y conversando con tal Maestro y con tales condiscípulos, oyendo tales pláticas y sermones, viendo tantas virtudes y milagros. Y uno de los siete diáconos, Nicolao, elegido por los Apóstoles, y que habia descendido el Espíritu Santo sobre él, como sobre ellos, fue despues no solo hereje, sino heresiarca y padre de herejes: *Memento, quod paradisi colonum dejecit de paradiso.* ¿Quién no temerá á aquella serpiente antigua? Acordaos, dice san Jerónimo, que nuestros primeros padres cayeron, y fueron echados del paraíso, en donde estaban enriquecidos con dones de Dios y con la justicia

original; y todo fue por soberbia. Dice san Agustin, lib. 1 contra Adversarium legis, et prophetar., cap. 15, que en ninguna manera fuera engañado el primer hombre, si primero allá en su corazon no se hubiera apartado de Dios por soberbia; porque verdadera es aquella sentencia del Sábio, *Prov. xvi, v. 18*, pues es del Espíritu Santo: *Contritionem præcedit superbia, et ante ruinam exaltat spiritus*; y en otra parte: *Antequam conteratur, exaltatur cor hominis.* Cap. xviii, v. 12. Antes de la ruina y perdicion, precede la elacion del corazon.

Y si no os bastan ejemplos de hombres, pasad y subid mas arriba, y allá en el cielo hallaréis ejemplos de ángeles, que por soberbia y presuncion cayeron de la alteza y dignidad tan grande en que Dios los habia criado: *Ecce, qui serviunt ei, non sunt stabiles, et in angelis suis reperit pravitatem. Quanto magis ii, qui habitant domos luteas, qui terrenum habent fundamentum, consumuntur velut à tineas? De mane usque ad vesperam succeduntur.* El bienaventurado san Gregorio va ponderando muy bien á nuestro propósito estas palabras de Job (1): Si en aquel oro finísimo se halló tanta escoria, si en aquella nobilísima naturaleza de los Ángeles no hubo seguridad ni estabilidad, ¿qué será de los que mo-

(1) Job, iv, 18; Gregor. homil. 3 Moral. cap. 27 et 28.

ramos en casas de barro? Porque el barro fácilmente se quiebra, y se desmorona y deshace. ¿Cómo no temerá, ó cómo podrá presumir de sí un alma que está en un cuerpo tal como este, que él mismo cria polilla, y en nosotros tenemos la raíz de nuestra perdición? Consumiránse como de polilla. Compáralo muy bien á la polilla, dice san Gregorio, lib. 5 Mor., cap. 28, et lib. 11, cap. 25: porque así como la polilla nace de la vestidura, y corrompe y destruye esa misma vestidura de donde nace; así en nosotros nuestra carne es como una vestidura del ánima, que cria también su polilla, porque de ella nace la tentación carnal, que nos va haciendo guerra, y así se viene el hombre á consumir como de polilla, cuando de la tentación que nace de la misma carne se viene á corromper y á perder. Y mas, dijo muy bien: como de polilla; porque así como la polilla hace el daño en la vestidura, y no hace ruido, así esta polilla de la mala inclinación de nuestra carne, y de este *fomes peccati* que tenemos con nosotros, hace el daño sin ruido y casi sin sentir, que muchas veces no lo echamos de ver, ni caemos en la cuenta hasta que ya está hecho. Pues si aquellos espíritus angélicos y celestiales que no tienen cuerpo que les crie esta polilla, ni que les haga guerra y contradicción, y les vaya con-

sumiendo, no duraron ni per-severaron en el bien, ¿qué hombre habrá tan atrevido, que confie de sí, teniendo dentro la causa de su tentación y perdición?

Pues aprendamos de aquí á andar siempre con este temor y recato; y ¡ay de aquel que no anduviere siempre con él! Bien lo podeis llorar; porque presto caerá: *Si non in timore Domini tenueris te instanter, cito subvertetur domus tua.* Eccli. xxvii, v. 4. No lo digo yo, el Espíritu Santo lo dice: Si no anduviéreis siempre con temor y recato, huyendo el peligro, y guardándoos de la ocasión, y desechando luego el mal pensamiento, y previniéndoos para la tentación, presto caeréis. Y no se engañe nadie en decir: ¡Oh! que no siento yo esas tentaciones, ni esos movimientos y peligros de tratar ni de mirar, ni hacen en mí impresión esas cosas: no os fieis de eso, que os quiere asegurar el demonio de esa manera, para despues al cabo de algun tiempo, cuando vos mas descuidado esteis, armaros una zancadilla, y dar con vos en el suelo, ó por mejor decir, en el infierno: antes advierten aquí los Santos que mientras mas mercedes hace el Señor á uno, y mas dones le hubiere comunicado, ha de andar con mayor temor; porque tanto mas solícitos y cuidadosos andan los demonios para hacerle caer. *Cibus ejus electus*, dijo el

profeta Habacuc: su manjar es escogido, tras esos andan ellos; y mas estima el demonio el hacer caer á un siervo de Dios y á un religioso que trata de perfección, que á muchos millares de otros hombres del mundo, como se verá por los ejemplos que traeremos luego. Y así san Jerónimo en la epístola ad Eustochium, cap. 11, exhortándola á que mire por sí, y que no se descuide con el alto estado de la virginidad, le dice: *Nolo tibi venire superbiam de proposito, sed timorem; onusta incedis auro, latro tibi vitandus est. Stadium est hæc vita mortalibus: hic contendimus, ut alibi coronemur. Pacem arbitraris in terra, quæ tribulos generat, et spinas.* Por estar en mas alto estado, y por tener mas dones de Dios nuestro Señor, no por eso os habeis de ensoberbecer, ni presumir de vos, antes por eso habeis de andar con mayor temor. Vais cargada de oro, y así habeis de temer mas los ladrones, y guardaros de los pasos malos y muy peligrosos: no penseis que ha de haber paz en tierra llena de abrojos y espinas: no hay seguridad en aquesta vida, sino pelea; siempre habeis de andar en centinela: navegamos en un mar muy tempestuoso, y en una navicilla muy flaca de esta carne, cercados de muchos enemigos que andan bebiendo los vientos, y levantando euan-tas tempestades pueden para anegarnos, sin jamás descansar ni

dormir, esperando cualquier ocasión para entrarnos por allí; y así nos da voces el glorioso apóstol san Pablo: *Evigilate justi, et nolite peccare. Qui se existimat stare, videat ne cadat.* I ad Cor. xv, v. 34; I ad Cor. x, v. 12. El que piensa que está en pié, mire no caiga; andad siempre en vela, la barba sobre el hombro; y si alguna cosa nos ha de tener en pié y asegurar, es andar siempre con este temor y recelo.

Una cosa oí contar de nuestra Compañía, que viene muy á propósito de lo que vamos diciendo: diré de la manera que la oí. Á los principios de la Compañía, cuando el Padre Fabro y el Padre Antonio de Araoz vinieron del reino de Portugal á Castilla, enviados del rey de Portugal D. Juan el Tercero, con la Princesa doña María su hija, que venia á casarse con el rey don Felipe Segundo, que entonces era príncipe; tenían los nuestros grande entrada en palacio, y confesaban á casi todas las damas y señoras de la corte, y no habia tantos viejos como ahora; todos eran mozos, y espantábase el mundo, y con razon, de aquello que se pone por cosa maravillosa en la vida de nuestro bienaventurado Padre san Ignacio, lib. 5, cap. 13, tanta juventud con tanta castidad. Veíanles por una parte en medio de tantas ocasiones y peligros, y por otra con tanto olor

de castidad, que daba esto que decir en la corte. Dicen que el Rey hablando un dia con el Padre Araoz, le dijo: Hanme dicho que los de la Compañía traen consigo una yerba que tiene virtud para conservar la castidad. Respondió el Padre Araoz (que era muy cortesano): Verdad han dicho á V. M. ¿Qué yerba es por vida vuestra? Señor, la yerba que los de la Compañía traen consigo para conservar la castidad es el temor de Dios nuestro Señor: esa es la que hace este milagro; porque tiene esta virtud, que hace huir los demonios, como el pez de Tobías echado sobre las brasas, cap. vi, v. 8.

En confirmacion de esto hace aquello del Sábio: *Timenti Dominum non occurrent mala; sed in tentatione Deus illum conservabit, et liberabit à malis.* Eccli. xxxiii, v. 1. Al que teme á Dios no le vendrá mal ninguno, porque Dios le conservará y librárá de todo mal; y en otra parte dice: *Timor Domini expellit peccatum.* Eccli. c. i, v. 27. El temor de Dios echa fuera el pecado: *Ut per timorem Domini declinet omnis à malo.* Pues traigamos siempre esta yerba con nosotros, andemos siempre con este temor, y entendamos que no hay castidad ni santidad segura, sino es en el temor santo de Dios; y así la sagrada Escritura dice, que envejecamos en él: *Serva timorem illius, et in illo veterasce,* Eccli. ii,

v. 6; para darnos á entender que no solo conviene esto á los principios, sino al fin: no solo los que comienzan, sino tambien los criados viejos en la casa del Señor, han de vivir con este temor; y no solamente los ocupados que tienen por qué temer, sino tambien los justos que no han hecho tanto por qué: los unos teman, porque cayeron; y los otros, porque no caigan: á los unos los males pasados, y á los otros los peligros venideros deben poner temor. Bienaventurado el hombre que anda siempre con este santo temor. Prov. xxviii, v. 14.

CAPÍTULO X.

De los bienes grandes que hay en este temor de Dios.

Para que estimemos y apreciemos mas este santo temor, y le procuremos siempre conservar en nosotros, dirémos aquí algunos de los muchos y grandes bienes que hay en él. Cuanto á lo primero, este temor de Dios no solo no causa desconfianza ni desmayo, ni hace á los hombres cobardes ni pusilánimes, antes los hace mas fuertes, y mas confiados y animados, como dicen los Santos de la humildad; porque hace desconfiar de sí, y poner toda la confianza en Dios. San Gregorio, lib. 5 Mor., cap. 13, dice esto muy bien, sobre aquello de Job, iv, 6: *Ubi est ti-*

mor tuus, fortitudo tua? Con mucha razon, dice, junta el temor con la fortaleza; porque en el camino de Dios es al revés de lo del mundo, donde la osadía causa fortaleza, y el temor flaqueza y cobardía, pero acá es al contrario, la osadía causa flaqueza, y el temor gran fortaleza, conforme á aquello del Sábio: *In timore Domini fiducia fortitudinis.* Prov. xiv, v. 20. Y la razon es, porque quando uno teme mucho á Dios, no halla que temer en ninguna cosa del mundo, todas las cosas temporales desprecia y las tiene en poco: *Qui timet Dominum, nihil trepidabit, et non pavebit; quoniam ipse est spes ejus.* Eccli. xxxiv, v. 16. El temor es un género de sujecion á aquello que tememos, como á cosa que nos puede dañar en algo; y el que teme mucho á Dios, y solamente tiene cuenta con él, y en él pone toda su esperanza, no tiene que temer, ni al mundo, ni al tirano, ni á la muerte, ni al demonio, ni al infierno; porque no le puede dañar nada de eso, ni aun tocar á un pelo de la ropa sin licencia de Dios; y esta es una fortaleza tan grande, que no la hay tal en todos los fuertes del mundo; porque es entonces Dios su fortaleza: *Firmamentum est Dominus timentibus eum.* Psalmo xxiv, v. 14.

Mas este santo temor de Dios no causa congoja ni amargura de corazon, ni da pena ni fatiga ninguna, antes es muy dulce

y alegre. El temor mundano de perder la honra ó la hacienda, y el temor servil del infierno y de la muerte, causa tristeza y melancolía; pero el temor santo y filial que tienen los buenos hijos, de enojar y ofender á su muy querido Padre, regala el alma, entenece el corazon, derrite las entrañas; porque hace andar continuamente en actos de amor de Dios, pidiéndole: No permitais, Señor, que me aparte jamás de Vos: antes muera que os ofenda: *Timor Domini gloria, et gloria, et letitia, et corona exultationis: timor Domini delectabit cor, et dabit letitiam, et gaudium, et longitudinem dierum: timenti Dominum bene erit in extremis, et in die defunctionis suæ benedicetur.* Eccli. i, v. 11. ¡Con qué abundancia de palabras, y con cuánta diversidad de afectos declara el Sábio el gozo y alegría que trae consigo el temor de Dios! No es temor este que hace temblar como á esclavos por miedo de los tormentos, sino es un temor que nace de amor de Dios; y así cuanto uno mas le ama, tanto mas teme de ofenderle y enojarle; como vemos que lo hace el buen hijo con su padre, y la mujer honrada con su marido, que cuanto mas le quiere, tanto mas trabaja porque no haya en casa cosa que le pueda dar pena.

Y para que lo digamos en una palabra: todos los loores, favores, prerogativas y preeminencias que

la sagrada Escritura pone de los humildes, todo lo hallamos dicho de los que temen á Dios, y así casi por las mismas palabras: así como dice la Escritura que Dios mira y pone sus ojos sobre los humildes y pobrecitos, así lo dice de los que temen á Dios: *Oculi Domini super timentes eum*, Eccli. xxxiv, v. 19; y así como dice que Dios ensalza á los humildes, y los llena de bienes, lo mismo dice de los que le temen: *Et misericordia ejus à progenie in progenies, timentibus eum*. Luc. c. 1, v. 50, dice la sacratísima Reina de los Ángeles en su cántico; y la santa Judit, xvi, v. 19: *Qui timent te, magni erunt apud te per omnia*. Ambros. lib. 3 de virginibus. Señor, los que os temen serán grandes delante de Vos en todo; y así como los Santos dicen que la humildad es guarda de todas las virtudes, y que sin ella no habrá virtud, así lo dicen también del temor de Dios, por lo cual el profeta Isaías, xxxiii, v. 6, llama á este santo temor tesoro del Señor: *Timor Domini ipse est thesaurus ejus*, porque en él están muy bien guardadas y atesoradas las virtudes: y por el contrario, dicen que así como el navío que va sin lastre y sin peso no va seguro, porque cualquier viento récio basta para trastornarle; así tampoco va segura el ánima que camina sin el peso del temor, que es el peso de

nuestra ánima, y quita la liviandad del corazón, y la tiene firme y constante, para que el viento de los favores humanos y divinos no la levanten y trastornen; y por muy rica que vaya, si carece de este peso, va á peligro. San Gregorio, lib. 6 Mor., cap. 27, llama al temor áncora de nuestro corazón: *Anchora cordis est pondus timoris*. San Jerónimo, *epist. ad Fabiolam de mansionibus*, dice: *Timor virtutum custos est*. El temor es guarda de las virtudes, y la seguridad hace fácil la caída. Tertuliano, lib. de cultu feminarum, cap. 2: *Timor fundamentum est salutis: timendo cavemus, cavendo salvi erimus: qui sollicitus est, is verè poterit esse securus*: El temor es fundamento de nuestra salud; porque temiéndonos guardaremos, y guardándonos nos salvaremos. El que anda con recato y solicitud, ese podrá estar seguro.

Finalmente, el Sábio en muchos capítulos de la Sapiencia les va diciendo grandes excelencias y prerogativas de la sabiduría; y por remate de todo viene á concluir que el temor de Dios es la sabiduría: y lo mismo dice el santo Job, xxviii, v. 28: *Ecce timor Domini ipsa est sapientia, et recedere à malo intelligentia*; y así todo lo que se dice de la sabiduría podemos también decir del temor de Dios: y aun añade el Sábio que el temor de Dios es la plenitud y consumación de la sabidu-

ría: *Plenitudo sapientie est timere Deum et plenitudo à fructibus illius*. Eccli. i, v. 20. Y sus frutos son muy copiosos y abundantes; y viene á concluir con estas palabras: *Quam magnus, qui invenit sapientiam et scientiam; sed non est super timentem Dominum!* Eccli. xxv, v. 13. *Timor Dei super omnia se superposuit: beatus homo, cui donatum est habere timorem Dei: qui tenet illum, cui assimilabitur?* Eccli. xxv, v. 14. Grande es por cierto el que ha hallado la sabiduría; pero no es sobre el que teme á Dios. El temor de Dios se ha levantado y encumbrado sobre todas las cosas; bienaventurado aquel á quien le ha sido dado este don de temor; quien tiene este don tan grande, ¿á quién le compararemos?

CAPÍTULO XI.

En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos.

En las vidas de los Padres se lee (1) que un santo ermitaño fue llevado por un Ángel á un lugar donde habia un monasterio de religiosos, y vió allí una multitud de demonios que andaban volando como moscas por todas las oficinas y lugares del monasterio, y yendo á la plaza de la ciudad vió que en toda la ciudad no habia sino un solo demonio, y aquel se estaba ocioso, sentado sobre la puerta de la

(1) Gregor. lib. 3 Dialog. cap. 7 in vitis Patrum.

ciudad; y preguntándole él qué era la causa de aquello, respondióle el Ángel que le guiaba que en la ciudad todos hacían lo que el demonio quería, y así un demonio bastaba para todos; pero en el monasterio todos procuraban resistir al demonio, y por eso andaban tantos demonios sobre ellos, para tentarlos y hacerlos caer.

Paladio (1) cuenta aquel memorable ejemplo, que se refiere también en las vidas de estos Padres, de un monje que por muchos años se habia ejercitado en buenas obras y santos ejercicios de religioso, y aprovechado mucho, al cabo de los cuales tuvo contento vano de sí y jactancia; por lo cual permitió Dios que miserablemente cayese en un pecado deshonesto con el demonio, que se le apareció en forma de mujer muy hermosa, que andaba perdida por el desierto, á la cual él acogió fácilmente, hablando largo con ella, y riendo y tocándole las manos; y finalmente estaba ya rendido para pecar con ella, y queriendo ponerlo por obra, se le desapareció de entre los brazos, dando una gran voz, tras la cual fueron oídas grandes risadas de muchos demonios que andaban por el aire, y le decían: Ó monje, monje, que te levantabas, y ensalzabas hasta los cielos, ¿cómo te has hundido hasta el profundo? Aprende, pues, de hoy mas que el que se levanta será humillado. Con las cuales

(1) Pallad. in Hist. Laus. cap. 44, in vita S. Joan. Ægypt.

palabras parece que los demonios le daban vaya, y burlaban de él: y no paró en esto el miserable; porque despues de haber gastado aquella noche y otro dia en grandes llantos y confusion, vino á des- esperar, volviéndose al mundo, y soltando la rienda á los vicios.

San Juan Climaco, grad. 15, c. 9, refiere aquel ejemplo que tocamos arriba, de un mancebo, de quien se lee en las vidas de los Padres que llegó á tan alto grado de virtud, que mandaba á las bestias fieras, y las hacia servir en el monasterio de los monjes, al cual comparó san Antonio á un navío cargado de ricas mercaderías, y puesto en medio de la mar, cuyo fin no se sabia. Pues este mozo tan fervoroso y tan santo vino despues á caer miserablemente, y estando él llorando su pecado, dijo á unos monjes que por allí pasaron: Decid al viejo, esto es, á san Antonio, que ruegue á Dios me quiera conceder diez dias de penitencia. Oido esto lloró el santo varon amargamente, y con gran dolor de su corazon dijo: Una gran columna de la Iglesia ha caido hoy; y pasados cinco dias murió el sobredicho monje. De manera que el que primero, dice san Juan Climaco, manda-

ba á las bestias salvajes fue al cabo por cruelísimos salvajes derribado y burlado; y el que poco antes se mantenía con pan del cielo vino despues á mantenerse del lodo y del cieno; y cuál haya sido su caída no lo quiso declarar el prudentísimo Padre san Antonio, porque sabia él que era fornicacion.

El P. M. Ávila, tomo 3 *epist.*, trae un ejemplo de un santo ermitaño que le dió Dios á conocer el gran peligro en que estaba puesto en esta vida; y como lo considerase, puso sobre su cabeza un capirote de luto, y cubrió su cara de manera, que no podia ver sino solamente la tierra que iba á pisar, y nunca mas quiso hablar á hombre, y jamás alzó los ojos de la tierra, llorando de verse en tan gran peligro como vive el hombre; y como le venian á ver muchos á la celda, viendo la gran mudanza que habia hecho, le preguntaban la causa de aquella novedad, y de haber pasado de repente á tan extraordinario extremo. Él nunca les respondió otra cosa sino: Dejádme, que soy hombre. Otro Santo decia: ¡Ay de mí, que aun puedo ofender á Dios mortalmente!

TRATADO QUINTO.

DE LA VIRTUD DE LA OBEDIENCIA.

CAPÍTULO I.

De la excelencia de la virtud de la obediencia.

Melior est obedientia, quam victima, et auscultare magis quam offerre adipem arietum. I Reg. xv, v. 22. Bien sabida es la historia á cuyo propósito se dijeron estas palabras, que fue cuando el rey Saul desobedeció mandándole Dios que destruyese á Amalec, sin dejar nada á vida, y él guardó lo mejor para sacrificar. Dicele el profeta Samuel de parte de Dios: *Numquid vult Dominus holocausta, et victimas, et non potius, ut obediatur voci Domini?* ¿Por ventura quiere Dios los holocaustos y sacrificios, y no que obedezcamos á su mandamiento? En ninguna manera, porque mejor es la obediencia que el sacrificio; y mejor es oír y obedecer á Dios que ofrecer la grosura de los carneros. Fundados los Santos en este lugar y en otros muchos de la sagrada Escritura, donde se encarece mucho la obediencia y la

estima grande que Dios tiene de ella, dicen muchas alabanzas de esta virtud.

San Agustin (1) en varios lugares va tratando por qué dió Dios al hombre aquel mandamiento de no comer del árbol de la ciencia del bien y del mal. Y responde que, lo primero, para mostrar y dar á entender á los hombres cuánta era la excelencia y el valor de la virtud de la obediencia, y cuán gran mal es el de la desobediencia: *Ut ipsius per se bonum obedientia, et ipsius per se malum inobedientia monstraretur*: y se mostró bien por el efecto; porque el mal y trabajo que despues del pecado se siguió no lo causó la fruta del árbol; porque esa no era mala ni dañosa de suyo, sino buena, porque él habia criado todas las cosas muy buenas: *Vidit Deus cuncta quae fecerat, et erant valde bona,*

(1) August. lib. 1 cont. advers. legis, et Proph. cap. 14: et lib. 2 de pec. merit. et remiss. cap. 21: et lib. 8 super Genes. ad litter.